

HEROÍNAS ANÓNIMAS

Por José María Fernández Núñez

Si trágica era la muerte del marido que suponía el sostén del hogar, pues era el que traía el pan diario y los escasos céntimos que le permitían una paupérrima vida, a las mujeres no les era consentido trabajar por los “peligros” en que se hallaban ante la insaciable libido masculina, ni tan siquiera se les permitía mendigar, todo eso cambiará después con la “paz”. Como decía, si trágico era esa falta, mucho más era la del verdadero pilar que sujetaba el paraguas familiar, la falta de la economista, enfermera, psicóloga, sanitaria, compañera, amiga, confidente, educadora, directora,... a fin de cuentas podía ser cuasi catastrófico; la suma de ambos ya es inútil comentarlo. En aquella Zaragoza que surgió después de febrero de 1809, se dieron todo tipo de situaciones, en el ambiente social y familiar, para mí las de más hondo calado, ya que se centra precisamente aquí, en las mujeres, aquellas heroínas olvidadas en el mismo fragor de la batalla, donde surge la fama y, paradójicamente, el olvido. Pero la Historia se abre paso más tarde o más temprano, y ya es hora de devolverles el honor de su sangre derramada en las calles de su amada ciudad.

Las mujeres fueron especialmente protagonistas. Los cronistas coinciden en su brava defensa y ataque, además de lo habitual, con las armas en la mano. Así, Ibieca nos dice que “las zaragozanas... en lo más rudo de la lucha animando y reforzando a los patriotas, de modo que algunas saltaron por los parapetos y fueron víctimas de su inconsiderado denuedo”. Casamayor escribe que “cuando Palafox daba las gracias en nombre propio por las acciones iba seguido de varias mujeres que con sus fusiles habían estado en la acción”.

Belmas por el contrario no hace mención de ellas, tal vez por una ignorancia intencionada, tal vez por vergüenza de ser derrotados por quienes se consideraban incapaces de empuñar un arma, sea como fuere, los imperiales retrocedieron ante el empuje de los paisanos entre los que el contingente femenino era más que importante.

Entre estas Heroínas “sin nombre” hay solteras, casadas, madres, jóvenes, adultas,... la mayoría moradoras de la periferia de la Zaragoza de la época, sin oficio, pues como he dicho antes no se les permitía en ninguno de los estratos. Me he permitido resaltar algunas, no todas, ya que su volumen es enorme. Aquellas que para la historiografía decimonónica no tenían valor, pues su sacrificio no inclinaba ningún tipo de balanza ponderada de la época, eran olvidadas. Sólo su familia era la que realmente sentía esa carencia brutal, ese callado anonimato y ese conformismo ritual. No se podían comparar con los grandes señores y otros no tan grandes, que habían muerto ¡ellos si eran importantes! Como diría años más tarde el Tigre del Maestrazgo: “Prefiero la anexión de un noble a mi causa que la de cien plebeyos”.

Joaquina Casaos. 1809. Casada.

María Miedes. Casada. Muere en 1809.

Manuela Vallés. De 28 años. Natural de Zaragoza. Casada. Falleció de un balazo que le dirigió el enemigo francés cuando pasaba por detrás de la iglesia de Altabás; vivía en la Plaza de Santo Domingo número 64.

Martina Cose o Core. Murió el 15 de enero de 1809 a manos del enemigo francés en la Batería del Carmen. De 38 años, natural de Zaragoza. Vivía en calle del Portillo, número 61. Sería nombrada en el Boletín del día.

Ana Plo. Viuda. Murió el 30 de febrero de 1809 (otras fuentes señalan el 2 de marzo) en la plaza de la Rebojería.

Dionisia Alemán. Viuda. De 60 años. Natural de Pedrola, murió el 29 de enero de 1809, a causa de una bomba. Vivía en la calle de San Pablo número 67.

María Engracia Campos. Religiosa de San Francisco, ministra del Convento de Ntra. Sra. de Altabás. Fue muerta por los franceses, el 5 de agosto de 1808, cuando les recriminaba por sus actos.

Antonia Cetina. Casada. Natural de Zaragoza. De 60 años. Muere el 5 de agosto de 1808 enronada en los trabajos de desescombro cuando llevaba avituallamiento a los trabajadores.

Teodosia Córdoba. Casada. De 32 años y natural de Zaragoza. Muere el 21 de febrero de 1809, a causa del casco de una bomba. Vivía en la calle Ancha de Barrio Curto.

Gregaria Escartín. Casada, de 29 años de edad. Natural de Pina. Muere, a causa de una bomba, el 11 de febrero de 1809. Vivía en la calle del Portillo, número 33.

Josefa Escudero. Casada. Natural de Cuenca. De 34 años de edad. Murió por una bomba el 2 de febrero de 1809. Vivía en la calle de San Pablo número 19.

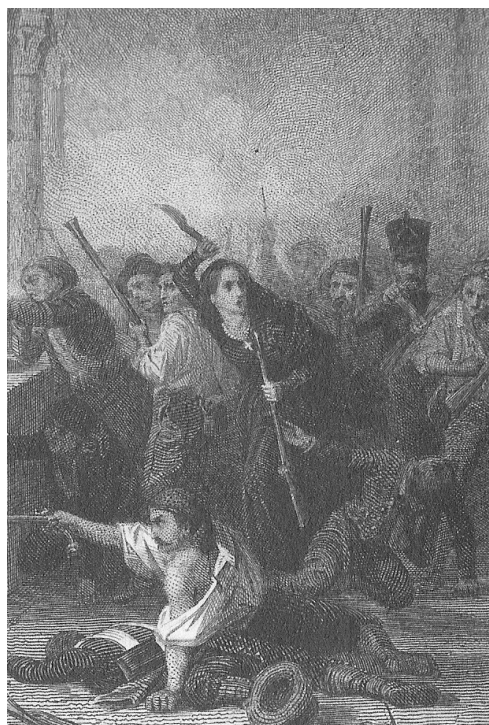
Lamberta Hernández. Soltera. Natural de Zaragoza. De 21 años de edad. Muere el 1 de julio de 1808, a resultas de recibir un casco de granada que lanzó el enemigo ese día en un ataque a la ciudad. Vivía en la calle de las Armas número 121.

Joaquina Miranda. Soltera. Fallece el 4 de noviembre de 1808.

María Navarro. Soltera. Natural de Zaragoza. De 16 años. Murió el 31 de enero de 1809 a causa de una bomba. Vivía en la Plaza del Portillo número 51.

Antonia Parnas. Casada. Natural de Paracuellos de la Ribera. De 29 años. Muere el 16 de febrero de 1809.

María Antonia Patau. Viuda. Natural de Zaragoza. De 56 años. Muere el 13 de febrero de 1809, a causa de una bomba. Vivía en la calle de San Pablo número 164.



Antonia Pérez. Soltera, de 20 años de edad. Natural de la Zaida. Muere el 1 de julio de 1808, a resultas de recibir un casco de granada que lanzó el enemigo ese día en un ataque a la ciudad.

Josefa Ponz Pueyo. Soltera. De 17 años de edad. Natural de Zaragoza. Murió el 14 de febrero de 1809 a consecuencia de un balazo. Vivía en la calle Castellana número 36.

Josefa Roy. Casada. De 24 años de edad. Natural de La Puebla de Alfindén. Murió por una bomba el 4 de febrero de 1809. Vivía en la calle de Donaire número 38.

Nicolasa Tena. Casada. De 31 años de edad. Natural de Alfajarín. Murió a causa de una bomba el 28 de enero de 1809. Vivía en la calle de las Vacas, número 56.

Nicolasa Uría. De 28 años de edad. Natural de Juslibol. Casada. Fallece a causa de una bomba. Vivía en la calle de San Pablo, casa s/n.

Rosa Ramona Ibor de Gracia. Soltera. Fallece en lucha contra los franceses el 7 de febrero de 1809. Sobrina del Tío Jorge.

Rosa es otra de las innumerables que han permanecido entre los renglones de la historia, sin que su labor personal haya sido debidamente reconocida. Su temprana muerte a sus 21 años, sabía perfectamente cuál era su deber, lo había visto en su casa en muchas ocasiones y entre sus familiares, sería la única de los seis hermanos que paga tan alto tributo.

Éstas son algunas de las heroínas anónimas, naturalmente la lista es enorme, son las que sin olvidar a la más recordadas merecen estar en ese palmarés martirial para ser no sólo recordadas, sino agasajadas y honradas; que un día puedan pasar a ocupar su lugar en ese Panteón de Heroínas que con natural, justo y merecido orgullo se halla en el Portillo, fiel testigo de sus actos heroicos, pues “el honor, como dijo el Alcalde de Zalamea, es patrimonio del Alma, y el alma sólo es de Dios”, se escapa de las mediocridades humanas que, sólo sirven para diferenciar socialmente lo que el imparable espíritu aporta y demuestra constantemente, haciendo caso omiso de esas reglas vanas e interesadas por las que, la siempre hipócrita sociedad decide quién es merecedor o no, de esa u otra distinción innata en el ser humano.

LOS SITIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Por Francisco Escribano

Frente al retroceso de la guerra de asedios en los conflictos napoleónicos, en la Península Ibérica hubo un gran número de ellos, pues de los setenta y dos meses que van de mayo de 1808 a abril de 1814, sólo en ocho no se dieron operaciones importantes de sitio. Y entre junio de 1809 y octubre de 1812 siempre hubo en marcha al menos un asedio, llegando a coincidir en bastantes

ocasiones hasta cinco de ellos. Aunque en algunos casos es muy complicado distinguir entre un golpe de mano, un asalto, un bloqueo, una capitulación un tanto “amistosa” o un sitio, se contabilizan más de cincuenta operaciones relacionadas con plazas fuertes o ciudades fortificadas. De ellas, más de treinta pueden considerarse asedios en toda regla, con una duración superior a los quince días, establecimiento de baterías y trincheras de asedio, apertura de brecha, etc. Entre los casos extremos de la entrega de Pancorbo en cumplimiento de una orden del Gobierno y el Segundo Sitio de Zaragoza, tenemos la defensa de la línea de Torres Vedras, el largo bloqueo de Hostalric, la capitulación de Valencia en 1812 como resultado de una nefasta campaña defensiva y otros muchos ejemplos distintos.

Además, para asegurar las comunicaciones frente a la actividad de las unidades guerrilleras, los franceses crearon una red de puntos de apoyo y bases de operaciones, que iban desde ciudades como Zaragoza hasta conventos fortificados con una guarnición de apenas cien hombres. Este despliegue tan disperso dio lugar a un fenómeno muy peculiar (no contabilizado en el resumen anterior), el de los numerosos casos en que unidades guerrilleras bloqueaban a pequeñas fortificaciones francesas, sin poder asediarlas en regla ni atacarlas por la carencia de artillería pesada y medios de zapadores.

¿A qué se debió esta proliferación de asedios? Básicamente a las peculiaridades del territorio peninsular, muy compartimentado y con malas comunicaciones. Además, se trataba de regiones pobres, con una agricultura muy precaria y en el que se dependía en extremo de los almacenes y convoyes de abastecimiento y, por lo tanto, de líneas de comunicación seguras. Esas características geográficas hacían imprescindible el control de numerosos

puntos a fin de asegurar las comunicaciones a retaguardia, por lo que los ejércitos debían ocupar físicamente posiciones y plazas fuertes que normalmente habrían dejado atrás.



Barcelona en 1806. Biblioteca nacional.

Por consiguiente, los franceses tuvieron que afrontar numerosos asedios de ciudades durante su *Guerre d'Espagne*, bien sitiando, bien siendo sitiados. En unos casos porque esas plazas controlaban las rutas de paso en las fronteras franco-española (San Sebastián y Gerona) o hispano-lusa (Ciudad Rodrigo y Almeida; Badajoz y Olivenza); en otros porque eran focos de resistencia popular al invasor que debían de ser tomados para poder controlar las comarcas circundantes. De hecho, la progresión del mariscal Suchet hacia Valencia se vio jalonada por la ocupación de Lérida, Mequinenza, Tortosa, Tarragona, Sagunto, Oropesa y Peñíscola a lo largo de dieciocho meses. Desde el punto de vista de los franceses como sitiadores, podemos recordar una clasificación sencilla:

Todos los asedios que los napoleónicos hicieron, se debieron, como es presumible, a razones de orden meramente militar. Se puede hacer un esquema que las aclare y ordene: 1) Una ciudad importante de la que habría de irradiar la ocupación de un gran espacio geográfico: Zaragoza y Valencia. 2) Para facilitar la maniobra y despejar las vías de comunicación vitales en el movimiento de los ejércitos: el Puente de Piedra de Zaragoza, el Castillo de Tortosa, el Fuerte de Mequinenza y la roca de

Peñíscola. 3) Como punto de apoyo para iniciar una gran ofensiva: Ciudad Rodrigo. 4) Para la custodia de las comunicaciones con Francia: Jaca y Gerona. 5) Como defensa de una conjunción geográfica, Lérida. 6) Como final de una operación: Astorga. 7) Para alcanzar cierto objetivo marítimo e impedir el apoyo de la *Escuadra inglesa*: Tortosa, Tarragona y Tarifa. 8) Como premisa necesaria y obligada para poder asediar otra plaza de mayor trascendencia: Sagunto y Olivenza.

Por tanto, no es sorprendente que los dos comandantes con más éxito en la Península (el británico Wellesley y el francés Suchet) se vieran implicados en casi tantos asedios como batallas campales, de modo que en algunos casos el fracaso en el asedio deslucía las brillantes victorias obtenidas en el campo de batalla. Por ejemplo, la orden de Napoleón de construir recintos fortificados en la ciudad de Salamanca a finales de 1809, en previsión de que el ejército aliado tomara las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Badajoz y avanzara hacia el interior, resultó acertada, ya que en junio de 1812 Wellington tuvo que detenerse con una división en Salamanca hasta recibir las piezas de artillería y munición necesarias para asediar los fuertes. Y posteriormente, el ejército aliado de británicos, portugueses y españoles, pese a su gran victoria en la batalla de los Arapiles el 22 de julio de 1812, tuvo que detener su avance para acometer el asedio del castillo de Burgos. Esta situación la aprovecharon los franceses para reagrupar sus fuerzas y emprender una contraofensiva que envió de vuelta al ejército aliado a la frontera con Portugal a finales de ese mismo año.

Extracto de un excelente trabajo de Francisco Escribano titulado: "Los sitios en la Península ibérica (1808-1814): mucho más que mitos", que pueden leer, completo, en nuestra página web.